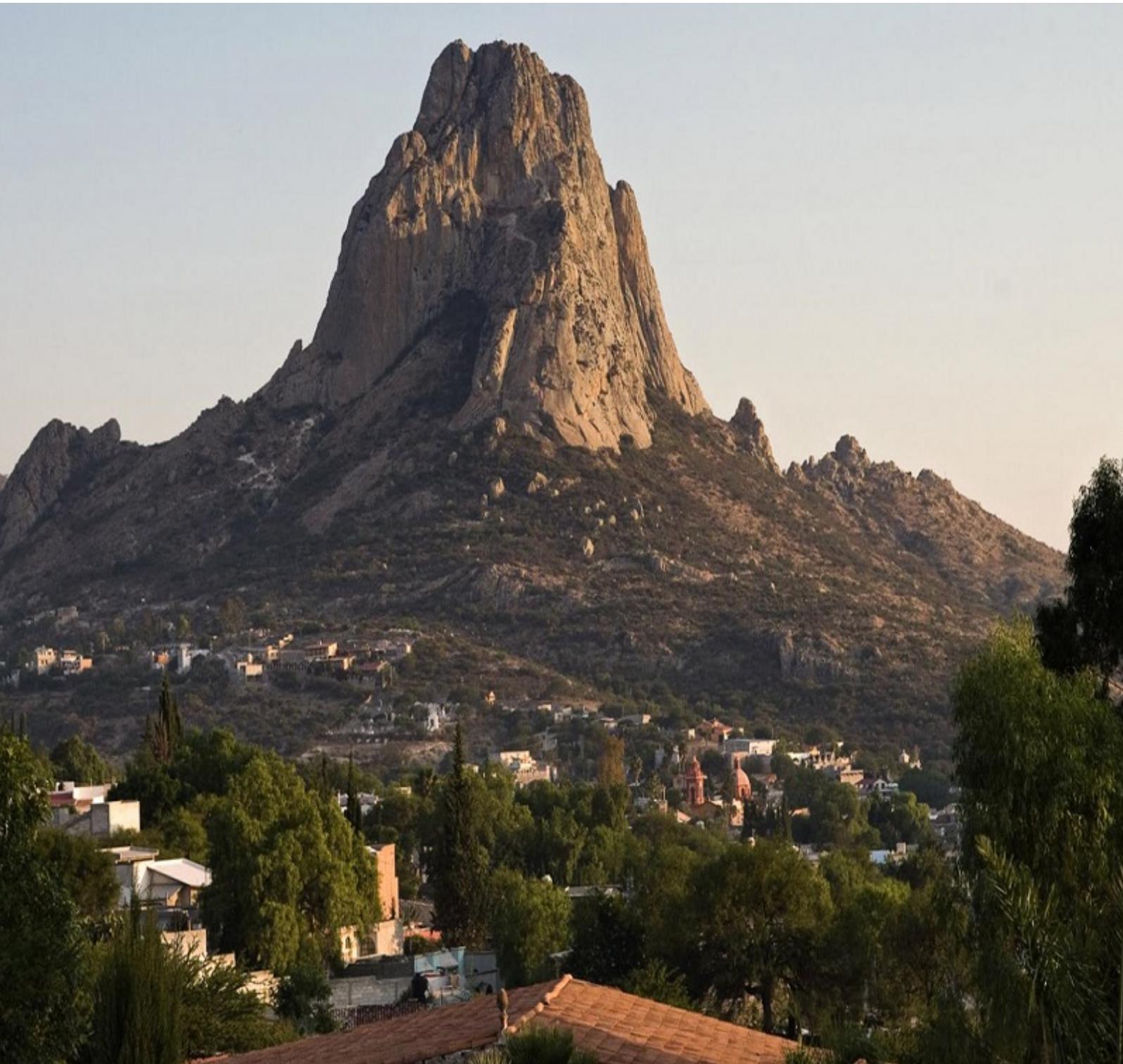


Buscando Luz en la Montaña

Fernando Davalos



Capítulo 1

Buscando Luz en la Montaña

Derechos Exclusivos © 2009

Por

Fernando Davalos

Todos los Derechos Reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada para ser repositada, o transmitida en ninguna forma o por ninguna manera; electrónica, mecánica o de otra forma, salvo para un uso razonable, sin la autorización por escrito del autor.

Índice

Capítulo 1: Buscando las respuestas

Capítulo 2: Un guía inesperado

Capítulo 3: El sitio de poder

Capítulo 4: Un buen susto

Capítulo 5: El paredón terroso

Capítulo 6: Atorado a la mitad

Capítulo 7: Un refugio seguro

Capítulo 8: Los mensajes

Capítulo 9: El acertijo

Capítulo 10: Las despedidas

Capítulo 1

Buscando las respuestas

Aún no amanecía cuando deje mi pequeño apartamento y puse rumbo a la Laguna de Chapala, en el día elegido por todos los integrantes de nuestro grupo *Nuevo Camino* para intentar una recapitulación personal de nuestra aventura espiritual. La idea que había sido consensuada en nuestros corazones suponía acudir de manera individual a un lugar natural y

totalmente aislado para buscar luz e inspiración en nuestras vidas.

Después de casi una hora de conducir en la oscuridad, la súbita aparición de los primeros rayos del sol anunciando la llegada de un nuevo día constituyó una refrescante sorpresa al tiempo que una coincidencia significativa, pues fue en esos momentos en que note el anuncio de la desviación que debía tomar para ingresar al pueblo de San Luis Soyatlán.

Sonreí satisfecho, pues el Espíritu del lugar me estaba confirmando que el sitio que había elegido para mi retiro era el indicado para la tarea espiritual que debía intentar. Estacioné mi carro en una calle secundaria, con la intención de pasar desapercibido lo más que me fuera posible en aquella fresca mañana en la que el bello pueblo iniciaba ya sus actividades matutinas.

Mi blanca vestimenta era a todas luces contrastante con el vestir normal de sus pobladores, por lo que un poco nervioso apresuré el paso por una de sus calles buscando el camino rumbo a la enorme montaña que se cernía sobre el poblado y que siendo la más alta de todas las que circunvalaban a la Laguna Sagrada, dominaba enteramente su ribera.

Vagamente recordaba que una de sus calles conducía montaña arriba y directamente a su brecha de ascenso, debido a que hacía un buen número de años había llegado a su cima en una excursión realizada por el club alpino de mi escuela secundaria.

Aun cuando mi intención no era la de subir la montaña en su totalidad, decidí iniciar mi ascenso a las montañas ribereñas a través de esta ruta para buscar una vez montaña arriba un lugar que pudiese resultar adecuado para la introspección y el silencio.

Después de unos veinte minutos de caminata y habiendo dejado atrás todo posible rastro de la calle por la que inicié mi ascenso, me encontré súbitamente en una bien marcada brecha que serpenteaba cuesta arriba y por la cual era posible ver rastros del paso de animales de carga, lo que aumento a mis ojos la posibilidad de que la calle elegida fuera la adecuada y de que muy probablemente dicho camino pedregoso llevara a la punta de la enorme montaña.

Aún sin estar seguro del todo, decidí caminar una media hora más por el mismo estrecho camino para confirmar mi corazonada, pues de cualquier modo - pensé para mis adentros - el seguir subiendo sin franco obstáculo era del todo positivo e incluso me permitiría cambiar de ruta más adelante si ello fuera necesario.

Después de otros treinta minutos me fue más que evidente que me encontraba en el camino correcto, pudiendo observar ahora a cierta distancia el caserío que conformaba el poblado. Concluí que lejos de

haberme desviado, ahora me dirigía ya en la dirección correcta caminando dentro del cuerpo de la enorme montaña que empezaba a mostrar riscos y una vegetación más tupida y menos desértica.

Encontraba a mi paso campesinos del lugar y arrieros de animales que bajando en dirección contraria me dirigían rápidas miradas de extrañeza como conteniendo su intención de preguntarme si acaso me encontraba perdido por aquellos alejados rumbos lo cual era bastante comprensible por lo poco usual de mi blanca vestimenta.

Sin preocuparme en lo absoluto por su extrañeza y movido por la intención de encontrar respuestas a varias preguntas de tipo personal y espiritual que se agolpaban en mi mente, aceleré mi andar con entusiasmo.

Ya para entonces y aunque aún era temprano, me encontraba empapado de sudor a pesar de mi evidente buena condición física y anímica gracias al trabajo de ecología espiritual que constantemente realizaba con mi grupo espiritual *Nuevo Camino* por varios rumbos de la región.

Capítulo 2

Un guía inesperado

Después de no encontrar un alma en mi camino por espacio de casi una hora, una fuerte brisa empezó a soplar repentinamente por donde me encontraba al tiempo que con el rabillo del ojo note que era rebasado con gran rapidez por la derecha por un lugareño que debería tener no menos de sesenta años de edad. La súbita aparición del inesperado visitante me sobresaltó a tal grado que no pude evitar saltar espontáneamente hacia mi izquierda en cuanto paso a mi lado.

Una vez repuesto un poco de la mayúscula sorpresa, continué mi ascenso sin demora preguntándome por qué no pude escucharle cuando se acercaba por aquella empinada y solitaria vereda cuando en ese mismo instante a unos buenos diez metros adelante de mí, el anciano personaje volteo distraídamente hacia donde me encontraba por unos instantes y después continuo su camino con toda naturalidad.

Me hubiera entregado sin resistencia a especular sobre el inusitado hecho de no ser por un dolor lacerante que provenía de mis pies, debido concluí a mi imprudencia al haberme calzado en aquella ocasión unas enormes botas de montaña que conservaba de mis tiempos de alpinista. Seguramente el juego de las enormes botas al caminar con mis pies ya me había producido ampollas en ambos tobillos.

No pude evitar sonreír al ver la naturalidad y solvencia con la cual caminaba cuesta arriba aquel enérgico personaje calzado tan solo con

unos huaraches que dejaban ver sus curtidos pies desprovistos de calcetines. Aguijoneado por la intuición, concluí que aquel hecho no podía ser fortuito y bien podría ayudarme en mi cita con las montañas de la Laguna Sagrada, así que olvidando un poco el dolor aceleré también el paso para no perder de vista a aquel extraño personaje.

Después de una hora interminable, empapado de sudor por el esfuerzo y casi al límite de mi resistencia física ya que tuve que emplearme a fondo subiendo casi a paso veloz para no perder de vista a mi inesperado guía, me encontraba totalmente desconcertado por la fortaleza física que había permitido al anciano campesino imprimir ese ritmo increíble de caminata que le había alejado ya a casi unos treinta metros delante de mí.

Durante toda la hora que pude seguirle de cerca, nunca había desaparecido de mi vista por completo, pues cuando creía perderle detrás de algún recodo del camino, aceleraba la marcha casi corriendo para verle constantemente. De alguna manera que a mí me parecía absurda del todo, sentía que no debía perderle de vista ni un momento. El anciano parecía estar al tanto de mis esfuerzos por permanecer en su cercanía y caminaba sin inmutarse pero con un paso rítmico y vigoroso que me tenía al borde de la insuficiencia coronaria.

Finalmente, y cuando el camino pedregoso que ambos recorríamos dobló franco a la derecha le perdí totalmente de vista. Casi corriendo, llegue al punto donde este había desaparecido, pero ya no pude verle más. A pesar de que tarde tan solo unos segundos en llegar al recodo del camino, el anciano no se encontraba ya en el mismo, el cual podía yo ver continuaba cientos de metros en línea recta y sin obstrucción alguna a mi visión.

Capítulo 3

El sitio de poder

Me sorprendí gritándole a continuación: - ¡Señor, oiga, no se vaya, espere!, ¡Señor!, ¡Espeere! -

Como respuesta, solo escuche a la distancia el eco de mi propia voz, rebotando en unos riscos que se alzaban directamente al frente casi a un kilómetro de donde me encontraba. Arriba de los mismos, un remolino de viento azotaba un pequeño claro en la tupida vegetación.

Fue entonces cuando varias certitudes cayeron materialmente sobre mí y me produjeron un intenso escalofrío que me recorrió de arriba a abajo. Primero, me di cuenta por vez primera donde me encontraba y cuan alto había subido por el imponente Cerro de García pues podía ver a mi derecha y ya casi al alcance de mi mano su altiva cima, aunque quizás usando mi pasada experiencia como juvenil excursionista, esta se

encontraba al menos a un par de horas de distancia.

Después, concluí que mi intuición de permanecer cerca del misterioso anciano era correcta pues el evento de su súbita aparición no había sido de ninguna manera fortuito, pero no me tocaba ni se me permitía contactarle, pues estaba muy pequeño espiritualmente para ello; Sin embargo, y como un gesto de la Laguna Sagrada, se me había indicado cual era el sitio de poder que debería ocupar para intentar la tarea de introspección espiritual que me había llevado a sus montañas.

Acto seguido, concluí que el sitio que se me había designado no podría estar muy lejos de donde me encontraba, pues era precisamente en este punto donde el anciano había desaparecido de mi vista. Finalmente, vino a mi mente de inmediato el remolino que hacía unos instantes se había abatido sobre un pequeño claro que se encontraba por encima de la formación rocosa que coronaba la parte más alta del cuerpo de la montaña en donde me encontraba y que unía al cerro de García con una misteriosa montaña que mí siempre me ha parecido semeja a un Guerrero con penacho acostado boca arriba como mirando en dirección al Cerro de García si se le observa desde cierto punto de la ribera norte de la Laguna Sagrada.

En diferentes ocasiones nuestro guía espiritual y un Guardián de Tradición de la región en donde vivíamos, habían advertido a nuestro grupo *Nuevo Camino* que cuando se va a la montaña en busca del poder se debe ser muy cauteloso y respetuoso, estando totalmente atento a cada eventualidad que se presente, aun la más insignificante, buscando siempre descifrar su significado profundo y su enseñanza inmediata si es que se quiere regresar con bien. A los que no la respetan y le buscan con intenciones egoístas, la montaña puede impedirles regresar.

El sol matutino se encontraba ya cerca del cenit, por lo que sin perder un instante, decidí dirigirme de inmediato hacia la enorme cresta rocosa que se encontraba casi en línea recta de donde me encontraba.

Capítulo 4

Un buen susto

En cuanto me encamine con dirección a la cresta rocosa que llamo mi atención, tuve que librar una cerca de alambre de púas que me impedía el paso hacia una pequeña planicie que me llevaría hacia mi destino.

Decidí no brincarla, sino arrastrarme por debajo de la misma, como queriendo testimoniar mi respeto por el lugar al que accedía y justo cuando me arrastraba pasándole en posición horizontal en plena tierra, pude ver con el rabillo del ojo a un alacrán que caminaba a unos centímetros de mi cabeza sin preocuparse por mi presencia. Una vez

repuesto del sobresalto, permanecí unos instantes en la misma posición pues consideré el suceso como una buena señal, para a continuación besar el pasto y levantarme lentamente.

Fije visualmente un punto al centro de la formación rocosa y hacia la misma me dirigí caminando con lentitud, como queriendo prepararme internamente y en silencio para ingresar al sitio que el ventoso remolino me había indicado con anterioridad, confiado en encontrarle en la parte superior de la enorme pared rocosa, a pesar de que la vegetación estaba repleta de arbustos, matorrales y árboles de varios tamaños dispersos por doquier.

Disfrute enormemente la caminata, pues el silencio que reinaba en aquel lugar era absoluto y gratificante. Me sentía en presencia de un huésped poderoso y subyugante; sin embargo, no le temía en absoluto pues me sentía parte de su ser y a la misma vez infinitamente inferior y aislado de su grandeza. En un momento dado, y sin aviso visual de ningún tipo, la planicie por la que caminaba dio paso a una depresión que me condujo a una pequeña barranca, la cual pareció alejarme completamente de la ruta; sin embargo, seguí caminando en línea recta confiado en encontrar dentro de la misma una vía de ascenso a los enormes riscos que sabía debían encontrarse ya a unos quinientos metros de donde me encontraba.

Sin embargo, y quizás por nerviosismo debido a la incertidumbre, más me pareció haberme adentrado en un profundo cañón que en una simple cañada y al poco tiempo deje de reconocer completamente mi entorno y experimenté un aumento sensible en la temperatura ambiente y en mi propia respiración que cambiaba su ritmo por completo acelerando mi corazón. Cuando las primeras gotas de un sudor frío y viscoso surcaron mi frente, me encontré rodeado de arbustos y un alto follaje que me impedía totalmente la visión hacia delante.

De manera por demás sorpresiva e imposibilitado física y anímicamente para continuar me detuve en seco. Mi mente clara y serena tan solo unos minutos antes, era ahora -quizás producto de la larga ascensión que ya llevaba más de tres horas de esfuerzo continuo- un torbellino de ideas que iban y venían sin ningún control dentro de mí y a las cuales me aferraba sin resultado alguno, al tiempo que me invadía un súbito estado de desesperación, irritabilidad y desaliento ante la posibilidad de desviar la ruta y extraviar en la montaña el sitio designado. Casi de inmediato e incapaz de sostenerme en pie, caí al suelo de rodillas.

Estaba en esos momentos totalmente invadido por una mezcla de asombro y desconcierto ante lo que me estaba sucediendo pues sentía hundirme con rapidez en la obscuridad de un abismo de tristeza dentro del cual pugnaba por salir; nunca había experimentado tal desorientación anímica y mental y casi estuve a punto de desplomarme horizontal en el

suelo polvoroso y seco abandonando allí mismo la búsqueda que en esos momentos me parecía fútil y fantasiosa, cuando en un fortuito y fugaz arranque de lucidez levante mis ojos y vi el cielo azul y límpido ante el cual no existía ningún obstáculo que impidiera mi visión y el sol radiante apareció justo encima de mi cabeza y arriba a mi derecha sobre el tupido follaje; sin dudarlo un instante, decidí seguir en esa dirección.

Haciendo acopio de toda mi energía, me levante y empecé a cruzar diagonalmente en dirección al sol sin importarme el áspero roce de los altos arbustos y densas ramas propias del lugar donde me encontraba y a medida que avanzaba penosamente me prometí a mí mismo no dejarme caer de nuevo y recordar que no me encontraba en aquel agreste territorio de día de campo o de lo contrario mi encuentro con la montaña y el poder que de la misma emanaba podría tornarse en algo no deseado en cualquier instante de vacilación y desesperanza. Ahora sabía que en mi camino individual y por tratarse de mi particular inclinación a racionalizarlo y controlarlo todo con la mente, la falta de fe y no el miedo o la inseguridad serían en mis jornadas futuras el enemigo a vencer.

Aún no había llegado al sitio de poder que uno de los elementos sagrados había elegido para mí y ¡ ya había recibido mi primera enseñanza ! Dicha certitud me confortó sobremanera y puso nuevos bríos a mi determinación: no saldría de esa montaña hasta no haber encontrado el sitio y la tarea designados para mí.

Después de unos siete minutos de abrirme paso entre espesos matorrales, mi entorno empezó a aclararse poco a poco hasta que empecé a notar aquí y allá la presencia de árboles de varios tamaños que parecían ser de una gran antigüedad y todos dispuestos en peculiares posturas como indicando con sus ramas bajas la dirección a seguir.

Después de traspasar el umbral del último de estos ancianos verdes, el terreno empezó a subir y mi corazón dio un vuelco de emoción ante la clara indicación de que estaba terminando la enorme barranca y caminaba por un paso seguro de ascenso a la formación rocosa en cuya cima había visto el remolino de viento indicando el sitio exacto de mi estancia temporal. Había cumplido ya cuatro horas desde que inicié en el pueblo mi ascensión en el Cerro de García.

Capítulo 5

El paredón terroso

Súbitamente, deje atrás la tupida zona de matorrales y ramas secas para casi chocar de frente con un enorme paredón terroso que detuvo en seco mi vigoroso andar. No existía una ruta visible hacia arriba, ya que después de recorrerle hacia la derecha y hacia la izquierda pude verificar que ambos extremos de la peculiar formación terrosa bajaban de nuevo a la

barranca de la que con tantos esfuerzos había logrado salir.

Intente en un par de ocasiones escalarle de frente solo para caer con facilidad debido a que cualquier asidero que utilizara para impulsarme hacia arriba se desmoronaba con facilidad. Decidido a no dejarme vencer por el desaliento, tome las cosas con toda calma y simplemente me senté frente al paredón tratando de analizar la situación. Era evidente que no existía en su superficie una ruta viable de ascenso y el bajar por cualquiera de sus extremos para recorrerle circularmente no era opción debido al tiempo y energía que dichas maniobras requerirían; sin embargo y con toda claridad intuía que el ansiado sitio de poder que yo buscaba se encontraba precisamente arriba del enorme paredón terroso.

Extrañamente y por primera vez en toda la jornada me aguijoneó una enorme sed que no me había molestado anteriormente a pesar de la deshidratación que seguramente ya me afectaba por el intenso calor de la mañana. Baje la mochila de mis hombros y apuré varios tragos de agua de mi cantimplora y justo en ese instante, escuche un sonoro repiquetear justo arriba de donde me encontraba.

El extraño sonido parecía provenir de alguna parte del enorme muro semi-rocoso que tenía frente a mí. Lentamente, me levanté movido por una intensa curiosidad, ¿ Quien, -me preguntaba- podría estar a estas alturas y en este inhóspito e aislado punto de la montaña trabajando con un martillo ? Sin embargo, el constante e intenso martillar continuaba por intervalos.

Seguí caminando alrededor del paredón hasta que pude localizar al menos la dirección de la cual provenía el extraño repiquetear. El sonido parecía venir de un retoño de árbol que había logrado crecer con increíble testarudez inserto en plena pared a unos siete metros de altura y al verle note que al menos a la distancia parecía que si se accedía al árbol, la ruta ascendente a lo alto del paredón no lucía muy complicada a partir de ese punto por estar cubierta de roca. Justo en esa zona y a providencialmente a su lado se levantaba una especie de espolón rocoso de unos cinco metros de altura que se separaba de la pared a poco más de un metro de distancia del pequeño pero vigoroso troncón que lucía orgulloso varios verdes retoños en pleno paredón. Era una auténtica "chimenea" como solíamos llamarla mis antiguos compañeros de aventura y yo en mis ya bastante pasados días de intrépido escalador de roca.

Con un rayo de esperanza, de inmediato fui a inspeccionar la extraña formación para ver si fuera posible subirla impulsándome hacia arriba con los pies en una pared y las manos en la otra, ya que su anchura de poco más de un metro era ideal para ello, pero después de una rápida ojeada concluí que por las condiciones poco estables del paredón terroso poco había que hacer e incluso no sin cierta testarudez intenté la subida por la chimenea un par de veces con resultados poco alentadores al perder pie y

altura constantemente. Al mismo tiempo el constante e intrigante martillar continuaba arriba a intervalos ahora más cortos pero en cambio más sonoros.

Me asaltó una idea por demás imprudente y fruto quizás de la larga jornada: saltar desde la cima de la formación rocosa hacia el troncón y asirme del mismo impulsándome hacia arriba para acceder al paso que se veía factible una vez encaramado en el pequeño pero resistente árbol. Deseche de inmediato la fugaz ocurrencia por considerarla arriesgada y del todo disparatada ya que si fallaba en mi intento de asirme al tronco al saltar o si el tronco no sostenía mi peso y se rompía, caería irremisiblemente a un bastante respetable abismo de siete metros. Si ello sucedía, mis posibilidades de sobrevivir en la montaña serían cuando menos bastante reducidas.

Decidí al menos subir a la parte superior de la escarpada formación rocosa para ver de cerca el problema que supondría realizar algo así e inicié fiel a mi racional naturaleza un análisis cuidadoso de la situación: el salto al vacío y hacia arriba no implicaba bastante dificultad ya que parado en la cima casi podía asir el tronco desde donde me encontraba y la distancia de poco más de un metro podría ser salvada sin dificultad con un buen impulso. Lo que se requería era sangre fría para realizar el salto al vacío y habilidad para asirse con fuerza al tronco e impulsarse hacia arriba. La única duda que persistía era el saber si el tronco que parecía estar firmemente enraizado en la pared resistiría mi peso.

Tal parece que nuestra condición humana siempre nos ha enfrentado a retos en los cuales jamás tendremos plena certeza de salir victoriosos; antes bien, el último recurso con el que contamos no es el raciocinio sino la fe. Acto seguido, me senté en la roca y me puse a contar el costo que para mi existencia supondría el realizar una acción de tal magnitud. Mi nivel de conciencia a esas alturas no era ni con mucho el que poseía cuando inicié ingenuo y muy de mañana el cumplimiento de mi cita con la montaña; quizás por ello y por primera vez en mi existencia decidí tener fe.

Cuando me levanté de la roca sentía todo mi cuerpo como una antorcha chispeante y sin pensarlo un instante me abalance sobre el árbol impulsado por una auténtica vorágine de energía y en cosa de segundos me encontraba ya encaramado y victorioso sobre el fuerte troncón y en pleno paredón. Sorprendido por mi hazaña lancé un espectacular y vigoroso alarido de victoria. Abracé y a continuación bese con respeto al fuerte árbol que me había sostenido en vida, para a continuación descender del mismo y recargarme por vez primera en el paredón.

El repiquetear se había acentuado sobremanera y se escuchaba ahora fuerte y claro sobre mi cabeza. Sin perder un momento inicié el ascenso por sobre la pared pues me separarían a lo mucho unos veinte metros

hasta la parte superior, lo que no requería el subir verticalmente, pues a partir de ese punto la pared tendría unos 60 grados de inclinación y características más rocosas. Llevaría un avance de unos tres metros cuando el escalón de roca que me sostenía cedió por completo e irremediablemente, empecé a resbalar con cada vez más rapidez hacia abajo tratando desesperadamente de asirme a lo que fuera y de deslizarme siempre pegado a la pared.

Cuando me acercaba velozmente a la zona del paredón que descendía verticalmente y consideraba cercano el fin de mi existencia, el vigoroso árbol adosado al paredón detuvo abruptamente mi caída con sus frondosas ramas, cobrando de pasada por el magnífico servicio pues el impacto con su tronco me sacó el aire de los pulmones y un enorme moretón en la espalda que pudo ser peor si no es por la mochila que cargaba.

Una vez repuesto del impacto, observé sangraba aquí y allá sobretodo en brazos y cara debido a abrasiones y raspaduras al contacto con sus ramas. En esos momentos y debido a la adrenalina segregada, consideré mis heridas de menor cuantía ante la increíble perspectiva de seguir con vida. Como pude y haciendo acopio de todo mi resto de energía, me incorporé con cuidado y me recargue lo mejor que pude en la pequeña terraza sobre la que se desplantaba el providencial arbolito.

Después de platicar con gran ternura con mi hermano verde agradeciéndole su invaluable ayuda y haciendo votos por su larga vida, llore con abandono. No sé cuánto tiempo llore, quizás llore allí en aquel inhóspito paraje por todos mis fracasos y por mi pequeñez, por mi absurda entrega a pensarlo todo, a ser negativo, por mi falta de fe, por mi falta de amor y disposición al servicio, por mi falta de compasión y mi egoísmo; llore y pedí perdón a la vida, a mis hermanos y hermanas, a mi madre naturaleza, a Cristo-Jesús, a Guadalupe-Tecuatlaxopeuh, a mis hermanos de todas las tradiciones, a mi querido Me-xihc-co, y a nuestro querido Tata-Celestial, el Padre bueno, nuestro Gran Espíritu bondadoso que todo lo anima.

Capítulo 6

Atorado a la mitad

Cuando finalmente recobré la calma, una gran paz descendió sobre mi espíritu y después de enjugarme las lágrimas que habían corrido abundantes sobre mis mejillas note una gran claridad en mi visión; era como si la luz y los colores fueran más vivos y brillantes pues era capaz de distinguir con facilidad hasta el más minúsculo detalle de mi entorno, aún a la distancia. Animado por mi nueva percepción olvidé el dolor que sentía en varias partes de mi magullada anatomía y fiel a mi naturaleza

racional me dediqué a considerar una vez más mi nueva situación.

Primero, concluí que por alguna razón desconocida, el espíritu de la montaña me había dejado con vida. Después, fui plenamente consciente de las peculiares características de esa jornada, las cuales replicaban perfectamente mi vida actual: Me encontraba materialmente suspendido entre dos mundos y tan solo sostenido por el infinito amor de la madre naturaleza y por la bondad y los poderosos designios del Gran Espíritu que a todos nos anima; mi jornada aún no había terminado y no había tiempo que perder pues lo peor que podía acontecerle a un guerrero era el dejar este maravilloso mundo sin dar cabal cumplimiento a la misión de servicio que le había sido encomendada; había que dar la batalla hasta el último aliento de vida con impecabilidad y entrega.

Finalmente, me fue bastante claro que la roca no podía sostenerme más en mi camino y que había que encontrar otro medio de avanzar hacia arriba pues en mi situación actual no existía ya la opción de regresar ni posibilidad alguna para dar marcha atrás en mi camino; de no avanzar, seguramente moriría por inanición.

Después de esta última andanada de intuiciones, las cuales pude percibir con toda claridad en mi corazón, de manera fortuita empecé a entonar una canción que había oído cantar varias veces a nuestro Abuelo del Norte, Grandpa Joe Washington y acto seguido, con la clara certeza de que se encontraba a mi lado continué mi cántico aumentando el volumen por varios minutos. Cuando finalmente terminé, empecé a escuchar primero y a sentir después al viento ululando con gran fuerza sobre la zona donde me encontraba. Era tal su intensidad, que tuve que abrazar rápidamente el tronco salvador para no ser arrojado de la pequeña cornisa donde me encontraba y lo último que pude ver antes de cerrar los ojos para evitar ser cegado por el polvo que se desprendía del paredón, fue a los árboles que debajo se mecían de un lado al otro en una aparente danza vespertina.

Después de varios minutos de un fuerte vendaval, la intensidad del viento cesó por completo de la misma sorpresiva manera en la que había comenzado y al abrir nuevamente los ojos, mi sorpresa fue mayúscula al descubrir justo enfrente de mí y siguiendo la dirección del tronco que se internaba en el paredón, una pequeña abertura en el mismo, la cual había sido descubierta de las ramas secas y musgo que le ocultaban por el fuerte vendaval. Parecía existir espacio suficiente para que una persona se arrastrara por la misma.

Sabiendo que no tenía nada que perder, me desembaracé de mi mochila y cambié de ropa quedándome tan solo con unos shorts y camiseta para tener más posibilidades de avanzar sin dificultad y después de encomendarme a mi dulce, bella y poderosa Guadalupe, deidad tutelar de nuestro querido Me-xihc-co, me interné dentro de la pequeña grieta.

Apenas avance un par de metros arrastrándome, note que la grieta se ensanchaba un poco y hacia abajo lo que facilitó mi avance, pero pasados cuatro o cinco metros caí en la cuenta de que no se ensanchaba más hacia arriba aunque sí un poco a los lados.

Ya para entonces la oscuridad era completa y empecé a experimentar un enorme temor al comprender que si la grieta era un callejón sin salida, el regresar en posición horizontal y hacia atrás en subida iba a ser una proeza imposible de lograr; para colmo de males, empecé a sudar copiosamente hasta quedar totalmente inmovilizado por ataques de claustrofobia.

Nunca había experimentado terror tal y lucha hasta el límite de mi resistencia por no perder el control y empezar a gritar fuera de mí porque intuía que si eso sucedía sería mi fin. Apoye mi cabeza en el suelo frío y rocoso sin saber qué hacer y en ese instante, al límite de mi resistencia ante el terror que sentía, pude ver claramente y aún dentro de la oscuridad imperante a todos mis hermanos y hermanas de *Nuevo Camino* reunidos a mi alrededor en un círculo energético de curación con una mano en sus corazones y la otra sobre mi cabeza. Dicha visión me confortó y decidí luchar hasta el fin venciendo el pánico que amenazaba quedarse con lo mejor de mi ser.

Inmediatamente, inicié una serie de vigorosas inspiraciones para calmarme y el hecho de encontrar dentro de aquel reducido túnel aire suficiente para respirar a pesar de encontrarme ya unos cinco metros dentro de la grieta me calmó lo suficiente para pensar en continuar, aunque no sentía el paso de corrientes de aire, lo que me preocupaba sobremanera.

Después de avanzar penosamente unos dos metros más en completa oscuridad creí escuchar de nuevo el repiquetear que había oído anteriormente y mi corazón dio un vuelco de alegría por lo que aquello podría significar; sin embargo, al poco de seguir avanzando volvió el silencio absoluto. Note que ya no bajaba al avanzar lo que logró calmar de nuevo un poco mi agitación y sabiendo que a esas alturas nada tenía ya que perder continué el avance. Después de otros interminables siete metros y cuando me lleve la mano derecha a la cara para limpiarme una mezcla de sudor y tierra sobre los párpados que me empezaba molestar bastante, grité involuntariamente al descubrir mi propia mano entre la oscuridad. ¡ Había luz !

Con frenético fervor me arrastre vigorosamente hacia adelante al tiempo que notaba con cada vez más claridad los contornos del túnel en el que me encontraba el cual parecía ensancharse hacia arriba. Después de lo que calcule serían unos tortuosos 21 metros desde que inicié mi recorrido en la cornisa a los pies del árbol, encontré por fin un haz de luz que descendía desde lo alto. Nunca en mi existencia la percepción de un

pequeño rayo de luz había significado tanto para mí; en ese minúsculo haz de luminosidad podía estar mi salvación entera.

Penosamente, me arrastre unos dos o tres metros más en dirección de la luminosidad que descendía desde lo alto hasta que pude ver con toda claridad una estrecha chimenea que ascendía unos diez o doce metros entre musgo y semi-cubierta de hojas secas y viejas raíces que se desprendían con facilidad cuando tiraba de ellas. Al llegar a la grieta vertical y debido a que esta se ensanchaba un poco, aproveché la resistencia que oponía una de las raíces más gordas para tirar de ella con todas mis fuerzas y levantarme en vilo, encapsulándome materialmente dentro de la abertura vertical.

Dos vigorosos impulsos más me bastaron para ahora sí encaramarme con cierta comodidad en la grieta vertical, la cual aunque no muy ancha era un verdadero oasis de comodidad si la comparaba con el tortuoso túnel que había dejado atrás. Observe detenidamente las características de los doce metros que me separaban de la superficie y concluí no me sería muy difícil superarlos si seguía tirando de la raíz más gruesa de entre la maraña que se entrelazaba en la grieta.

Sabía que debido al enorme esfuerzo y a las magulladuras recibidas por la caída reciente, mis fuerzas estaban menguando considerablemente y no estaba dispuesto a terminar mis días a unos cuantos metros del sitio de poder que el Espíritu había elegido para mí; estaba empezando a sentirme un poco laxo y a ceder a una irresistible somnolencia. Si me dormía por el cansancio, al despertar mi cuerpo estaría seguramente inmovilizado por los golpes y el esfuerzo e incapaz de seguir adelante. Con el último aliento que me quedaba, realicé un titánico impulso hacia arriba.

La raíz que había elegido para sostener mis esfuerzos por impulsarme hacia arriba superó todas mis expectativas de resistencia y poco a poco continué subiendo por entre la grieta que para mi fortuna se ensanchaba cada vez más; Sin embargo y debido a mi impaciencia por superar los últimos metros que me separaban de la superficie, me sangre varias veces la espalda y los brazos al friccionalme contra la afilada pared rocosa que estaba sobre mi cabeza. Incapaz de sentir dolor a esas alturas, emergí finalmente de mi odisea subterránea con un último y vigoroso impulso que permitió a mi cabeza emerger por sobre un mogote flojo de pasto que semi-ocultaba la profunda concavidad.

Capítulo 7

Un refugio seguro

El recibir de lleno en plena cara la cálida luz solar que por momentos dudé volver a ver fue toda una experiencia mística, así como el aspirar de golpe el aire puro que soplaba generoso en mi sitio de poder después de mi

interminable estancia en las profundidades del paredón, representó una experiencia inolvidable. Con el último resto de la energía que me quedaba me puse de pie y gire extático alrededor del lugar para reconocerle y saludarle. Me temblaba todo el cuerpo y consideré prudente sentarme a la sombra de un árbol. Fue mi último pensamiento pues el agotamiento me venció por completo.

Cuando recobré la conciencia, me encontraba tendido en el centro de la terraza a la que había accedido, a media distancia del árbol al que había pensado ir a sentarme. No recuerdo en absoluto cuando o como caí al suelo ni cuánto tiempo permanecí en el mismo. Me encontraba boca abajo y con los brazos tendidos en cruz. Había un silencio absoluto en el lugar. Lentamente y como tratando de no disturbar el impactante silencio que prevalecía, me incorporé y dirigí a la sombra del árbol elegido. Llegué y me senté a su lado con toda naturalidad y solo entonces me percaté de mi renovado vigor. Aunque aún sentía el cuerpo adolorido por los rigores de la jornada, mi energía y estado de ánimo eran impecables debido seguramente a la acción benéfica del sitio de poder en donde me encontraba.

Al voltear distraídamente y por vez primera en dirección al norte, la impactante belleza de la Laguna Sagrada me dejó boquiabierto.

Desde donde me encontraba era posible verle en toda su extensión. El espectáculo era maravilloso. Permanecí allí extático y en silencio absoluto, tan solo viéndole con inmenso amor. Supe entonces que entre el Espíritu que habita ese Sagrado espacio y mi persona existía una estrecha relación que se remontaba seguramente a muchas encarnaciones.

El sitio donde me encontraba era bastante peculiar pues su forma constituía un círculo casi perfecto y era totalmente inaccesible a la vista desde el exterior por estar completamente rodeado de altos pinos que ocultaban su interior. No era muy grande en extensión pero constituía el refugio perfecto para la introspección. Al caminarle me desplazaba por el mismo con gran facilidad y casi con cierta familiaridad como si ya le conociera con anterioridad.

Ya más dueño de mí y de mis facultades, camine un poco por el lugar para buscar un sitio adecuado en el cual pudiera iniciar sin demora mi búsqueda interior de sentido y dirección pues en lo personal me encontraba en una crucial encrucijada y tenía que tomar la decisión correcta acerca de cuál camino seguir; de ello dependería en gran medida mi bienestar espiritual y de quienes dependían de mí.

Decidí entonces ubicarme en el centro mismo del círculo que constituía el sitio de poder e iniciar un ritual de petición de ayuda y protección saludando con todo respeto y agradecimiento a los guardianes del lugar que me habían permitido acceder a ese sagrado espacio, así como a los

guardianes y elementos sagrados de ambas tradiciones que nos conforman y dan sustento a los Mexicanos. A los cuatro elementos, a las cuatro direcciones, a las cuatro tradiciones, a nuestra dulce y poderosa deidad tutelar, María de Guadalupe que nos protege de los que nos comen, a mi maestro interno y al Cristo, centro mismo del corazón del cielo y del corazón de la tierra, alfa y omega de nuestra evolución.

Una vez terminado el ritual y con objeto de encontrar el punto donde debía ubicarme, inicié un rosario de oraciones dedicadas a la Virgen de Guadalupe confiando en que ella me mostraría en su momento donde detenerme, a la vez que recorría danzando circularmente en círculos concéntricos cada vez más extensos toda la circunferencia que constituía mi espacio sagrado. A cada círculo que recorría experimentaba una agradable sensación de calidez en mi corazón así como la extraña sensación de estar en el centro de un enorme escenario en el cual era observado por una multitud de espectadores. En un momento determinado sentí un enorme reflujo de calor saliendo materialmente de mi corazón y me detuve en seco.

Instintivamente tomé asiento en ese lugar y al hacerlo sentí materialmente que el piso de tierra y pasto ardía en ese punto.

Decidido a soportarlo todo con estoicismo atribuí el extraño fenómeno a la calurosa temperatura que se había dejado sentir durante todo el día y al hecho de haber estado expuesto al sol durante la larga jornada, aunque durante gran parte de la misma utilicé para mi protección un sombrero de paja. Me llevé los dedos a la piel de mis brazos y mi cara pero no estaban calientes.

Permanecí impasible en el lugar y al poco tiempo la ardiente temperatura se estabilizó como una agradable sensación de calidez tanto interna como externa que de alguna manera incrementó considerablemente mi capacidad auditiva la cual disminuía si me movía del lugar. Era como si todo mi ser fuera una pieza que había sido embonada en su lugar característico. Otra extraña experiencia que se fue consolidando poco a poco en mi percepción fue la ausencia total del libre flujo de pensamientos que creció hasta convertirse en una considerable disminución de mi capacidad pensante para dar lugar a un extraordinario incremento de mi capacidad auditiva.

Lo primero que empecé a sentir fue un enorme desconcierto al ver disminuidas ciertas capacidades y aumentadas otras; sin embargo la calidez que fluía a través de mi corazón me impedía sentir cualquier temor. Unos instantes después, todo en mi ser funcionaba o como intuición o como percepción auditiva, y cuando una se incrementaba, la otra decrecía. Al mismo tiempo, a cada efluvo de calidez que

experimentaba salir de mi corazón, disminuía el dolor de mis articulaciones y abrasiones en la espalda, brazos y piernas.

Capítulo 8

Los mensajes

Permanecí embelesado por varios minutos, simplemente disfrutando de mis nuevas y sorprendentes facultades, moviendo rítmicamente la cabeza al ritmo de una bella sinfonía de sonidos naturales que me era dado escuchar a mi alrededor y curiosamente también a la distancia y de manera simultánea como ritmo y melodía entrelazados en perfecta armonía. Súbitamente el bello regalo auditivo fue desvaneciéndose de mi percepción para dar lugar a un vago rumor que parecía venir de un punto muy alejado de donde me encontraba; Agucé el oído lo más que pude hasta escuchar muy débilmente lo que parecían ser gritos humanos:

iAaaca! iAaca jija, aaaca, sal de ahí condenada!! iAaaca indina, sal de ahí!

–

Los gritos provenían de un campesino que muy lejos de ahí trataba inútilmente hasta entonces de sacar a su animal de algún barranco donde este se habría seguramente desviado a la vera del camino y pasaba grandes apuros para lograrlo.

No pude evitar sonreír abiertamente ante lo que escuchaba y reí durante largo rato ante la comicidad de lo que ocurría a gran distancia de donde me encontraba.

Reí hasta que aparecieron abundantes lágrimas en mis mejillas y mis inesperadas carcajadas actuaron como un bálsamo providencial que alejó toda la tensión acumulada durante aquella memorable jornada.

Durante varios infructuosos minutos, me esforcé por localizar visualmente el punto en la distancia donde ocurría lo que había escuchado y ante la imposibilidad de lograrlo me dediqué a disfrutar del reparador silencio propio del lugar. Justo en ese momento, una súbita intuición que interpreté como certidumbre me indicó claramente que el cómico suceso estaba en definitiva relacionado con mi persona.

No tenía entonces volición alguna ni capacidad pensante para sacar conclusiones acerca de mi súbita intuición, tan solo la acepté sin reserva y me sumí de nuevo en el agradabilísimo silencio que reinaba en el lugar. A poco, un conocido sonido me sobresaltó nuevamente: se trataba del repiquetear que de alguna manera me había guiado hacia el sitio de poder. Movido por una insaciable curiosidad y pensando se trataba de una persona, intenté levantarme del lugar donde me encontraba para buscarle pero no tuve éxito alguno, ya que me encontraba totalmente entumido

por los rigores de la jornada.

Entendí entonces que en parte mi inmovilidad obedecía a que había aún mensajes que debía recibir y me acomodé en mi sitio lo más confortablemente que pude decidido a esperar los mensajes que sabía tendrían que llegar. Ya para entonces, el martillar que escuchaba a mis espaldas era cada vez más fuerte y desesperante; tanto, que me obligó a voltear espalda y cabeza -mis únicas partes con mayor movilidad- en un giro increíble de casi noventa grados hacia el lugar desde donde este provenía.

Vi una sombra moverse fugazmente entre un pino y otro y mantuve tercamente mi posición para no perder detalle aunque el cuello empezaba a dolerme por el esfuerzo. Cuando estaba a punto de voltearme para aminorar el dolor y la tensión le vi: Quien yo pensé era una persona martillando era en realidad un enorme pájaro carpintero que trabajaba afanosamente en el tronco de uno de los pinos más altos, alimentándose de todas las larvas y parásitos que seguramente empezaban a afectar su desarrollo. Otra súbita intuición me tomo por sorpresa y en ella comprendí que el infinito amor de nuestro Padre Universal nunca deja desamparada a su creación. Totalmente conmovido, me mantuve mirándole en mi forzada postura lo más que el dolor me permitió y antes de voltear mi cabeza le envié mentalmente el sincero agradecimiento desde el fondo de mi corazón por su participación en mi búsqueda del sitio que el Espíritu había designado para mí.

Acto seguido, los rayos del sol que habían estado cayendo sobre la montaña en todo su esplendor se ocultaron detrás de una densa formación nubosa y me fue evidente la momentánea pero sensible disminución en la temperatura ambiente y luminosidad a mi alrededor; serían quizás las tres de la tarde. Instintivamente, cerré los ojos para gozar de la fresca temperatura y fue entonces cuando una energía particular cayó de golpe sobre mi cabeza, materialmente acompañada de un intenso efluvio calorífico. Abrí un poco mis ojos para comprobar si ello se debía a la súbita reaparición del sol por sobre la formación nubosa, pero ello no era así ya que todo el entorno aún permanecía sombreado; sin embargo, la energía que percibía sobre mi cabeza se acrecentaba a cada instante hasta el punto de calentarla sensiblemente.

Decidí cerrar los ojos de nuevo y el efluvio energético que sentía bajar sobre mi persona cambió casi de inmediato de caliente a una agradable tibieza y la luminosidad que percibía solo con mis ojos cerrados se acrecentó sobremanera; en ese mismo momento, otra intuición que no dejaba lugar a dudas me indicó que la energía del Maestro Domingo Díaz Porta estaba sobre mí y que él me observaba. Sonreí de inmediato saludándole desde el fondo de mi corazón: Pash! In-Lakeh! i Maestro !

Fueron las resonantes palabras pronunciadas desde mi ser interno.

A continuación, sucedió algo que aún no he podido explicarme del todo: A mis espaldas y a unos cuantos centímetros de mi persona, escuché claramente y sentí el aire sobre mi cabeza y la vibración en mi cuerpo producidos por el vigoroso aleteo de lo que considero fue un ser alado de enorme envergadura, mi ángel guardián quizás; pero todo son especulaciones más ya que no hice el menor intento de voltear a ver por considerar que ello no sería adecuado. No sentí la menor aprehensión o miedo por lo que sucedía a mis espaldas; tan solo sabía sin lugar a dudas, que ello era necesario y parte de mi destino en el sitio de poder que el Gran Espíritu había elegido para mí.

Comprendí que todo había concluido; se me habían dado las claves que necesitaba para seguir mi camino y ahora tenía que regresar pues conocía, gracias a mi pasada experiencia como alpinista, que cuando se accede a un lugar sagrado o a la cima de una montaña, se debe permanecer en la misma solo el tiempo estrictamente necesario como un gesto de respeto a su sacralidad. De lo contrario, la montaña puede reclamar al alpinista y retenerle para siempre.

Capítulo 9

El acertijo

Mi único problema consistía en que a pesar de haber sido restaurada mi energía considerablemente por el sitio de poder, mi cuerpo se encontraba totalmente entumido por el esfuerzo de más de siete horas realizado en mi cita con la montaña y aún tenía que encontrar una ruta de regreso que me permitiera bajar del espacio sagrado en condiciones menos azarosas. En esas cavilaciones me encontraba, cuando noté que mi capacidad de raciocinio estaba regresando a la normalidad, y al ver salir el sol de nuevo detrás de las nubes que le ocultaron por algún tiempo, la montaña me regaló generosa con la última pero no por ello menos valiosa, intuición de mi jornada.

Fue quizás una doble intuición en forma de solución a mis problemas inmediatos acompañada de una certitud que no dejaba lugar a dudas ni a temores, tan propios del raciocinio mental: Me fue dado visualizar fugazmente dos eventos de mi pasado: el primero bastante reciente, me mostró a mi amigo el pájaro carpintero trabajando afanosamente en su pino preferido; y el segundo, me mostró una escena de mi pasado en el que me veía regalando un rosario a un joven maestro perteneciente a las tradiciones Mexicanas Seri o Kunka'ak o "los que viven en la arena" y que habitan Isla Tiburón.

El acertijo a resolver en mi primera visualización no resultó bastante difícil pues concluí que ya que el pájaro carpintero había sido mi guía en el

encuentro del sitio de poder, estaba cierto lo sería también en la búsqueda de una vía segura de retorno.

No me quedaba duda que físicamente maltrecho como estaba, no me sería posible bajar por otro tipo de camino.

La segunda visualización me estaba costando más trabajo, ya que no entendía el mensaje que pudiera existir en mi regalo de un rosario al joven maestro de Isla Tiburón. Sin embargo, me quedaba claro que el segundo problema a resolver era mi incipiente capacidad física y mi entumecimiento. Después de interminables minutos en los que los rayos del sol caían a plomo sobre mi cabeza, súbitamente lo recordé: Apenas podía creer mi engrimiento y poca humildad al enfocar como hecho importante a mi humilde persona regalando algo a un maestro ¡ Siempre que estamos en presencia de un ser espiritualmente evolucionado, recibimos todo tipo de regalos en su presencia. ¡Pues claro! Nuestra conversación vino a mí nuevamente con toda claridad ya que en aquella ocasión me había dicho:

Todos nosotros podemos extraer energía de la naturaleza -

Con tu corazón puro, mira al horizonte y extiende tus manos hacia el sol, las nubes, las montañas, los ríos y los valles; son nuestros hermanos y regalan a quien les merece - y no dijo más.

Fue ciertamente una muy corta conversación, pero nunca dudé estar al lado de un gran ser humano con una enorme entereza y dignidad, Aún recuerdo su cara de sorpresa al recibir mi rosario personal en sus manos. Lo guardo en su morral con respeto y silencioso agradecimiento. No volví a verle más.

Creí entonces tener la solución al acertijo planteado por la segunda visualización: Utilizar la sabiduría y consejos expresados por mi hermano de Isla Tiburón para restaurar mi cuerpo físico al menos al nivel necesario para funcionar eficientemente en el camino de regreso. Y una cosa más pensé: por alguna poderosa razón el rosario había estado presente también en la intuición recibida; entonces, lógicamente tendría también un papel importante en lo que intentara realizar.

Sin dudarle un instante, alcé mis brazos al cielo y con los brazos extendidos empecé a rezar mentalmente aves marías a la Virgen de Guadalupe al tiempo que aspiraba profundamente durante la primera parte de cada oración y exhalaba profundamente al iniciar su segunda parte. A cada nueva oración mi fervor aumentaba de manera espontánea y natural, y así continué no recuerdo cuanto tiempo sin ninguna otra preocupación por el mundo y su entorno.

Sin saber cuándo ni cómo, me descubrí de pronto completamente erecto en el lugar en donde minutos antes me encontraba sentado y entumido. Sin dejar de rezar ni un instante y bastante confortado por mi recién recobrada movilidad, probé a caminar alrededor del lugar aún con mis brazos extendidos al cielo y rozando suavemente como signo de afecto y respeto todos los troncos de los pinos que conformaban circularmente y protegían el sitio de poder. Después de mi recorrido, me fue evidente que todas mis extremidades se encontraban listas para intentar el descenso.

Regresé entonces al sitio exacto donde había estado y me despedí del sagrado lugar, agradeciendo al sitio, a la montaña, a sus guardianes y a la Laguna Sagrada por la deferencia que habían mostrado para con mi humilde persona, solicitándoles al mismo tiempo su protección y ayuda durante mi jornada de retorno. A poco, una suave brisa que rápidamente se transformó en un fuerte y fresco viento se dejó sentir en el lugar por unos instantes, y después todo volvió a la normalidad. Profundamente conmovido, realicé un giro de 360 grados en torno al lugar al tiempo que me llevaba las manos al corazón y me dirigí sin demora hacia el pino donde había visto al enorme pájaro carpintero.

Una vez debajo del enorme pino, me aventure detrás de sus ramas con extrema precaución, ya que no me sentía en plenitud de facultades y en esas condiciones sería fácil resbalar. Habiendo conocido el montañismo de altura por muchos años, sabía por experiencia que un gran número de accidentes ocurren cuando se regresa de la cima porque el cansancio empieza a gravitar sobre las facultades físicas y mentales del alpinista. Además, una vez trascendida la barrera circular de altos pinos que ocultaban al sitio de poder, me resultó evidente que este se situaba en una estrecha terraza en lo alto de un risco del todo inaccesible y me sorprendió sobremanera el haber logrado llegar hasta donde me encontraba.

Siempre aferrado de alguna rama, inicié un recorrido alrededor de la barrera circular en búsqueda de alguna posible ruta de descenso pues todo eran riscos y paredones de constitución inestable que bajaban verticalmente unos veinticinco o treinta metros quizás. Una zona me llamó la atención pues parecía una ancha hendidura en el risco, quizás una falla reciente causada por algún deslave debido a la evidente inestabilidad del material. Parecía el lugar perfecto para intentar por ahí el descenso pues tendría a lo mucho unos sesenta grados de inclinación y desde donde le miraba parecía llegar hasta la parte más baja del risco.

No pude evitar sonreír optimista ante la paradoja que se presentaba ante mis ojos: La única debilidad visible de aquel inaccesible paredón por el cual era seguramente imposible acceder sería ahora mi ruta de salida hacia la seguridad de un camino firme y más estable.

De inmediato, confiado de nuevo en mis pasadas habilidades en las altas montañas, inicié el descenso dejándome resbalar poco a poco con extrema precaución y después de detenerme en tres ocasiones debido a que al bajar tendía a precipitar sobre mí pequeños aludes de roca desgranada, logré en veinte minutos completar mi descenso a tierra firme.

Capítulo 10

Las despedidas

Después de más de ocho horas en la montaña, contemplaba por vez primera la posibilidad de un seguro retorno. Sin embargo, la zona donde ahora me encontraba me era del todo desconocida y nuevamente recurrí al sol para orientar mi regreso. Había llegado a La Laguna Sagrada por el poniente y el sol se metería por la misma dirección detrás de las montañas en unas horas más, así que busqué instintivamente su ubicación y le encontré casi frente de mí y ya casi oculto detrás de los árboles más grandes de la cresta montañosa donde me encontraba.

Serían ya cerca de las cinco de la tarde y decidí apurar el paso dirigiendo mi descenso en línea recta confiado en encontrarme tarde o temprano con el camino rústico que me había acompañado durante gran parte de mi ascenso. En breve empezaría a refrescar al descender el sol detrás de las montañas del poniente y aquello significaría seguramente el virtual peligro de enfriamiento y consecuentes calambres en mis aporreadas articulaciones; además, estimaba, una vez en el camino me tomaría a buen paso no menos de dos horas completar el descenso hasta el pueblo de San Luis Soyatlán, justo el tiempo necesario para caminar con luz de día.

Después de unos treinta angustiantes minutos caminando rumbo al sol y en una zona plana con densos arbustos por todos lados en la que no podía ver materialmente a donde me estaba dirigiendo, un rayo de esperanza cruzó mi mente al observar una cerca de alambre de púas no muy lejos de donde me encontraba. Una vez en el lugar, en vez de cruzarla decidí seguir caminando paralelamente a la misma y hacia la derecha ya que en esa dirección parecía el terreno descender ligeramente.

Caminé a lo largo de la cerca de alambre por espacio de otros diez minutos, hasta que lentamente empecé a reconocer la zona por la que había cruzado casi seis horas antes al ver a la distancia lo que parecía ser el recodo del camino donde perdí de vista a mi inesperado guía. Sin más preámbulos, crucé la cerca de alambre justo donde me encontraba y me dirigí caminando en línea recta hasta lo que parecía ser el camino rústico que me llevaría montaña abajo.

Mis suposiciones fueron correctas y pronto estaba caminando cuesta abajo en el camino rústico que me llevaría de regreso al pueblo de San Luis Soyatlán y a mi carro. Sentí un enorme alivio al encontrarme de nuevo en terreno conocido y de manera totalmente espontánea empecé a agradecer en voz alta a todos los seres que habitaban aquel bello lugar enviando el inmenso amor que fluía en mi corazón. Estaba muy cansado pero enormemente satisfecho; la montaña me había mostrado su poder y yo en mi pequeñez quizás por la sabiduría que todos albergamos en nuestros corazones, fui capaz de superar los retos y las pruebas con las que me confrontó.

Había crecido espiritualmente, gracias a la bondad de un gran número de seres que me asistieron con amor incondicional en mi jornada. Nunca había caminado solo; en aquella batalla, pasaron lista de presente mi hermano espiritual, el Espíritu sagrado que habita la Laguna de Chapala; mis hermanos y hermanas de *Nuevo Camino*, mi querida Paloma, mi sitio de poder, los sagrados elementos, su flora, su fauna y sus guardianes, los sabios consejos de mi querido Abuelo del Norte y de mi hermano y joven maestro Seri, la energía del Maestro Domingo Díaz Porta, el ejemplo y los consejos de nuestro guía espiritual y la enorme bondad y poderosa protección de la Virgen María de Guadalupe, hijos e hijas espirituales todos de nuestro Padre bueno.

A pesar de estar tan ciego y sordo por una mente ruidosa e indisciplinada, mi honestidad e ingenuidad recibieron las respuestas que necesitaba en mi corazón. Nuestros hermanos de todas las tradiciones de América siempre han sabido que en la naturaleza, la mente del Gran Espíritu Sagrado se manifiesta en su creación a aquellos que con un corazón puro, respeto y entereza afrontan sus pruebas y esperan pacientes sus sabios designios.

A todos ellos agradecí sinceramente y a grandes voces en aquel tibio atardecer, al ir bajando por aquel polvoso y seco camino que a mí me parecía la más bella de las alfombras. Poco a poco, una paz indescriptible fue apoderándose de mí y al terminar mis últimas palabras de agradecimiento a todos aquellos grandes hermanos y hermanas, una catarata de lágrimas de alegría y gozo intenso se precipitó por mis pupilas; era un abrazo amoroso e indescriptible, puro, pleno y bello entre mi alma y el espíritu que animaba aquel sagrado lugar y todos los bellos espíritus de los guerreros benefactores que lucharon conmigo y a mi lado, espalda con espalda y corazón con corazón.

Una explosión multicolor de azules, rojos y naranjas me acompañó al ponerse el sol el resto del camino como postrer obsequio en aquella memorable jornada. Cuando después de casi una hora de conducir mi auto, adolorido pero contento pude ver a la distancia y por vez primera la silueta iluminada de la ciudad de Guadalajara, el súbito pensamiento de un necio animal descarriado en el sendero que no podía encontrar su

senda de regreso e ignorante que podía volar a su destino me provocó una enorme y espontánea carcajada.